

ÁGATA y Las PINTORAS


MUJERES BACANAS

Planeta
Junior



«Odio el colegio. Odio a la profesora de arte. ¡Odio el arte!», gritó Ágata muy enojada, tirando un pincel por encima de su cabeza y arrugando bien arrugada la hoja en blanco que tenía al frente. Entonces, hundiendo la cara en sus manos, agregó: «O-D-I-O EL ARRRTE», por si no hubiera quedado claro y para que ojalá su mamá, que venía entrando a la casa, escuchara.





Y funcionó. Su mamá volvía de la oficina e intentaba sacarse los zapatos al mismo tiempo que trataba que Roberta, la perra galgo que era la mascota y mejor amiga de Ágata, parara de saltarle encima moviendo la cola. «¡Abajo!», le gritaba a Roberta, pero la perra más le saltaba encima y más le movía la cola. Era una coreografía que hacían todos los días cuando la mamá de Ágata volvía de trabajar. Era abogada y a veces llegaba muy cansada y se enojaba con Roberta por su entusiasmo y sus patas sucias, pero igual después iba a la cocina para darle un pedacito de jamón y se terminaba riendo. También era muy delgada, alta y de pelo liso y negro; a veces decía, en broma, que la perra era la hija que más se parecía a ella por eso. Eran largas. Ágata y Agustín, en cambio, eran más bajitos y tenían el pelo negro, lleno de rulos y siempre enmarañado; además eran de piel morena como su papá, a diferencia de su mamá, que era blanca «como una vampira», decía Ágata.

—¡Hoooolaaa! Ya estoy aquí. ¿Qué pasa con el arte? —dijo, mientras entraba a la pieza de Ágata, le daba un beso en la frente y trataba de gobernar a la perrita que ahora le daba lengüetazos en los tobillos.

—Es que tenemos tarea. Y tengo que dibujar. Y no sé dibujar —dijo Ágata, echándose hacia atrás en la silla y cruzando los brazos, con gesto enojado.



—Yo creo que sí sabes dibujar, siempre dibujas cosas preciosas —contestó su mamá, mientras señalaba lo que parecía un retrato de Roberta que Ágata había dibujado en primero básico y que colgaba en la pared.

—Pero, mamá, tengo que dibujar según distintos «movimientos» de la historia del arte —explicó Ágata poniendo cara de querer vomitar, con los cachetes inflados y ojos saltones. Y, por si su mamá aún no entendía que la tarea no le había gustado, abrió la boca, estiro la lengua bien estirada y sentenció: —Guá-ca-la.

—No veo cuál es el problema —contestó su mamá, que se puso a doblar la ropa de colegio que Ágata se había sacado hace un rato y que dejó hecha un cerro encima de su cama.

—Es que ahora el arte se mueve. Los cuadros se mueven. Esto de los movimientos me carrrga.

—A ver, Ágata: si las personas pintan cuadros desde hace cientos de años, esos cuadros y lo que muestran van cambian-

do. Por ejemplo, tú antes me dibujabas con palitos, después con un cuerpo de triángulo y ahora ya sabes hacerme más parecida a cómo me veo. Lo mismo pasa con el arte, va avanzando, ¿entiendes? —dijo su mamá.

Ágata suspiró y luego se quedó bien quieta, pensando. ¿Cómo serían los dibujos que haría cuando fuera viejita? ¿Serían en 3D? Eso sería increíble. Su mamá se dio cuenta de que algo había logrado y, antes de desaparecer de la pieza, le sugirió:

—¿Por qué no buscas algunos pintores en internet y vas viendo qué estilo usan?

Ágata siguió callada, porque la idea no era mala. Roberta, que ya se había calmado, pero que consideraba que llevaban demasiados minutos sin tomarla en cuenta, puso la cabeza en las rodillas de Ágata, exigiendo cariños. Ágata, obediente, le rascó detrás de las orejas y le gritó a su mamá mientras esta se alejaba por el pasillo:

—¿Y por qué mejor no busco pintoras?